

Las aventuras de Marco y Cleo

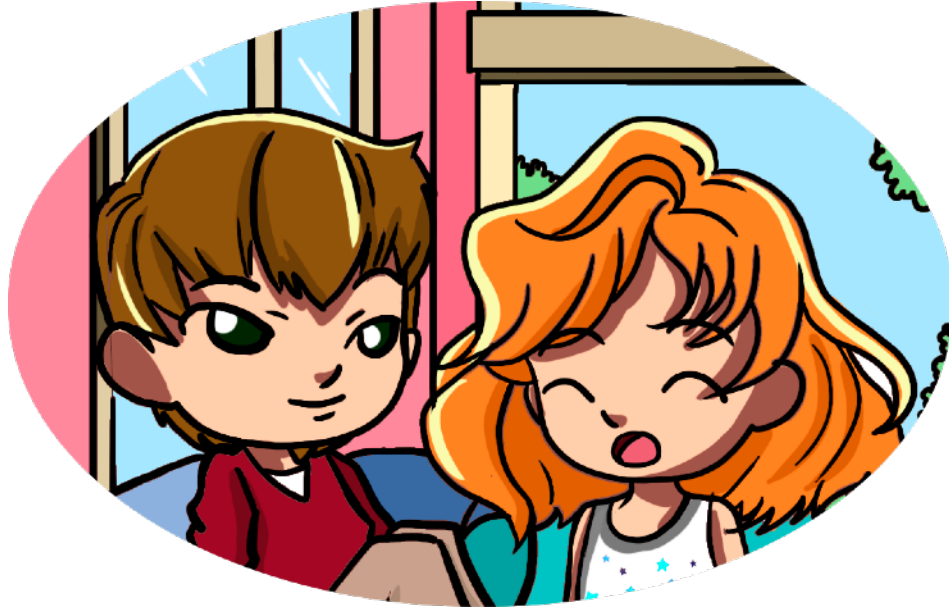
La piedra de los 1000 colores



+7

WEEBLEBOOKS

M. Eloísa Caro Durán
Cristina Vaquero



WEEBLEBOOKS

© 2019

Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustraciones: Cristina Vaquero
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, diciembre 2019



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Patrocina este libro

Incrementa el Valor de tu Marca y conviértete en una
Empresa Socialmente Comprometida

¿Hablamos?

Contacta con info@weeblebooks.com



WEEBLEBOOKS

LA PIEDRA DE LOS MIL COLORES

“Tengo algo muy importante que decirte”, se podía leer a través de la pantalla del móvil.

Marco miraba de reojo los cientos de mensajes similares que llegaban a su teléfono, pero conversaba con María y no tenía la más mínima intención de dejar de hacerlo.

—Deberías responder —dijo María, que se había percatado de aquel bombardeo de mensajes.

—Uy, no es necesario; aún no conoces a Cleo, ella es así de intensa, de entusiasta y de... pesada, siempre.

Cuando el móvil estaba a punto de colapsar, llegó el último mensaje: “Es cuestión de vida o muerte”, decía.

Ante aquello, que sin duda suponía un ultimátum, y muy a su pesar, Marco no tuvo más remedio que dejar a María. Intuía que probablemente se tratase de alguna nueva locura de Cleo, pero era su mejor amiga y no podía defraudarla.



Cerveza para el dios Amón
y otros relatos



Fragmentos del pa...



WEEBLEDOO

Pidió a María que lo esperase y corrió a casa de Cleo, al Museo Arqueológico, donde vivía con su tío; era muy cerca de allí, justo al volver la esquina.

Marco subió las escaleras de dos en dos hasta la última planta.

—A ver, qué te ocurre —dijo al entrar en el cuarto de Cleo—. Pensaba que estabas agonizando y necesitabas confesarme algún secreto. Pero ya veo que estás perfectamente. Es más, conociéndote, diría que hoy has faltado a clase sin estar enferma; así pues, me marchó.

—No, calma. Es cierto que tengo algo muy importante que decirte.

—Eso espero, porque he dejado en casa a María, una chica nueva que ha venido hoy al colegio y es muy simpática. La señorita Flora me ha encargado que la oriente con las tareas y aún no he terminado.

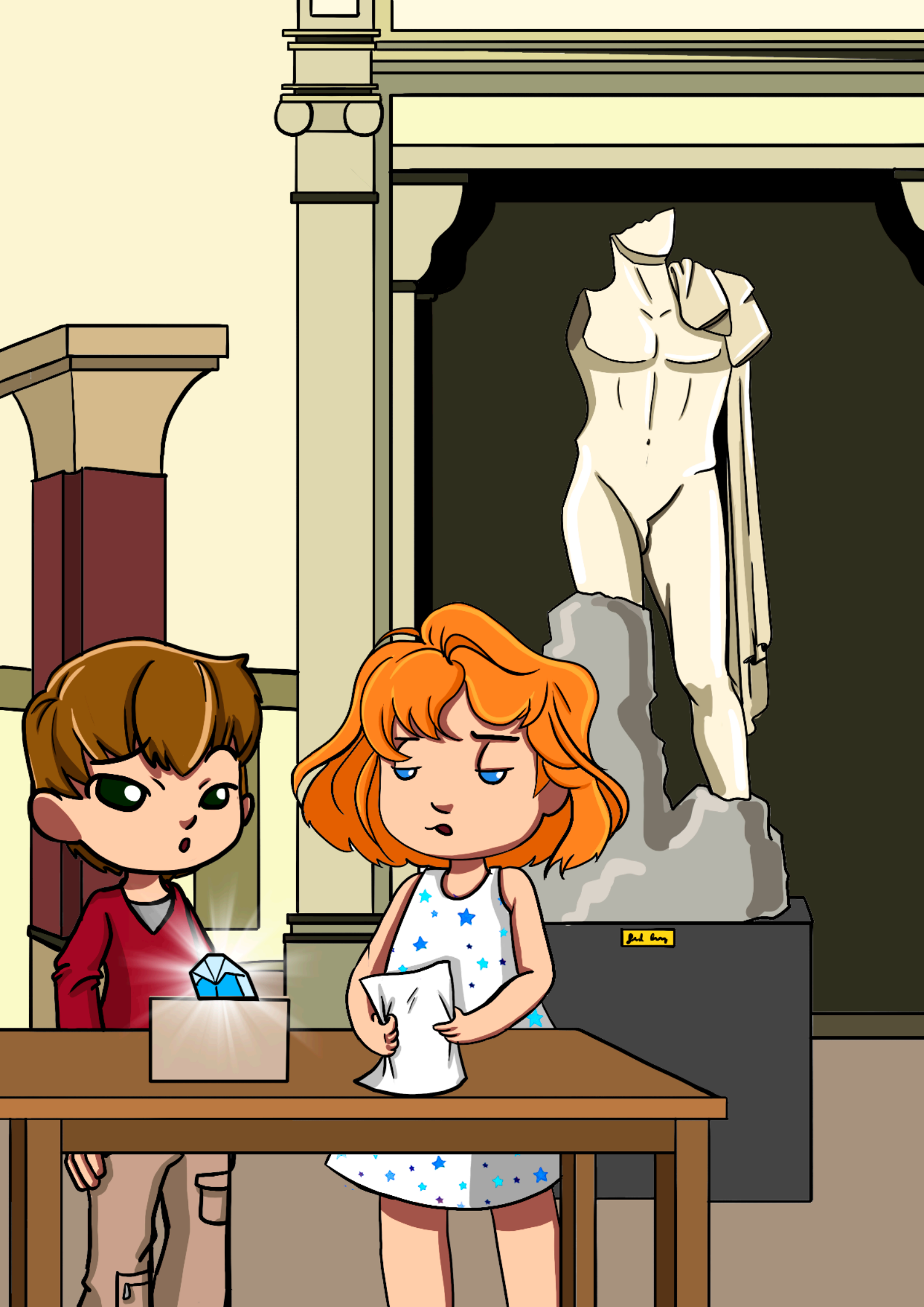
—Eso puede esperar. Verás, escucha. ¿Recuerdas que hace una semana el tío Arturo me entregó las pertenencias de mi padre?

—Sí, tras un año desaparecido consideró que tú deberías tenerlas.

—Pues bien, entre ellas había una caja metálica en cuya tapa ponía: “Para mi querida hija Cleopatra”, pero no pudimos abrirla. Pues esta mañana, entre unos papeles, he encontrado la llave, y ni te puedes imaginar lo que contiene.

Sin mucho interés ni euforia alguna, porque Marco ya conocía la efusividad de su amiga, dijo:

—Pues teniendo en cuenta que tu padre era un gran explorador, como los de otras épocas, y todo un aventurero, habrá cartas, planos, estudios, informes...



—No, te equivocas, mira —dijo Cleo, tras abrir la caja con la llave y levantar la tapa lentamente.

En su interior había una piedra que parecía de cristal, con infinidad de caras

perfectamente recortadas.

—Sólo es una piedra, Cleo; bonita, pero una piedra. Eso es todo, uff.

—No, no es una piedra cualquiera, es especial. Escucha esto.

Cleo cogió una nota manuscrita del interior de la caja, se apartó con ambas manos los rizos que invadían su cara y la leyó en voz alta:

“Querida hija:

Quiero que esta piedra de cristal sea para ti; debes saber que es mágica. Me la entregó en la gran montaña de África el jefe de una tribu, a cuyo hijo rescaté tras caer por un barranco.

Como a mí, siempre te ha gustado la historia, y con esta piedra podrás llegar hasta sus entrañas: sólo tienes que exponerla al sol, pronunciar las palabras adecuadas y aparecerás en el momento histórico que hayas elegido”.



—¿Qué te parece?, ¿no es fantástico? Eso significa que podemos viajar en el tiempo.

—Vamos, Cleo, cómo puedes creer algo así, sabes que eso es imposible. Verdaderamente la piedra es deslumbrante y tu padre habrá querido obsequiarte con ella, pero todo lo demás formará parte de la leyenda de algún pueblo, recóndito, perdido en el fin del mundo, de esos que frecuentaba él.

—Eso no es cierto; si mi padre lo dice, es así. Además, no hay más que hablar, porque ahora mismo vamos a comprobarlo. Sólo así te darás cuenta de que tenemos razón y tendrás que aceptarlo sin más.

—Oh, sí, sí, vamos —se burló Marco.

—A ver, ¿qué habéis estudiado hoy en historia?, algo que te haya impresionado y que te gustaría conocer.

—No estaría mal ver de cerca un bisonte, escucharlo resoplar, correr a su lado; uno de esos que el hombre de la prehistoria dibujaba en las cuevas —dijo Marco soltando una sonora carcajada, convencido de que aquello no iba a suceder y a sabiendas de que era una patochada porque los animales y Marco eran un tanto incompatibles.

Pero antes de que se borrara su sonrisa sarcástica de la cara, Cleo expuso al sol que entraba por la ventana la piedra de los mil colores y dijo:

—¡Bisonte, hánblanos!

Sin percibir la más mínima sensación extraña, cruzaron el túnel del tiempo invisible y ambos jóvenes, de repente, se hallaron en un lugar oscuro y resbaladizo.

Marco estaba encogido, y al intentar incorporarse se topó con el techo.

—¿Qué ha ocurrido, dónde estamos, cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntaba Marco totalmente confundido.



Cleo ya no portaba su bonito vestido blanco salpicado por diminutas estrellas multicolores de cinco puntas. Marco tampoco llevaba su camiseta blanca favorita.

Los dos jóvenes iban vestidos con sencillas pieles, al igual que varios hombres y mujeres que se disponían a salir de la cueva.

—Qué mal huele —dijo Marco.

—Deben de ser las pieles.

—Oh, qué asco. Y esto... —dijo Marco levantando una especie de collar que colgaba de su cuello.

—Qué chulo, son garras y colmillos de animales salvajes, como si fueras un gran guerrero.

—Es horrible, al menos el tuyo es de caracolillos... Pero ¿dónde hemos ido a parar?

—Ya te lo dije, querido Marco Antonio, estamos en el paleolítico. Mira estos dibujos —dijo señalando la pared que se iluminaba con la luz imprecisa de una antorcha—, ahí están. Entre los caballos y ciervos encontrarás la representación de uno de esos bisontes que querías ver corriendo a tu lado.

Marco estaba helado; pero no de frío, sino de la inquietud que le provocaba aquella situación.

—Esto es imposible. ¿Qué truco de magia has empleado? No tiene gracia, ya está bien, salgamos de este escenario que no sé cómo has podido recrear... ¡Aaah!, ¿qué es esto? —gritó de repente—, deben de ser tarántulas gigantes y venenosas.

—Psss —dijo Cleo—, nos van a oír. Sólo son hormigas, eres un quejica.

Ambos salieron de allí y observaron cómo los hombres y mujeres de la cueva se adentraban en una zona boscosa.

Frente a la entrada de la cueva había un fuego encendido.

—Vamos a calentarnos —dijo Marco—. Voy a avivarlo con estas bolas de paja.

—Eso deben de ser excrementos secos de animales —apuntó Cleo.

—Puag, qué asco, por qué no me lo has dicho antes —dijo Marco tirando rápidamente aquel combustible vegetal e intentándose limpiar desesperadamente las manos.

—Mira, ésa debe de ser la zona del taller —dijo Cleo—; estas piedras talladas son sus herramientas. Pero, vamos, no podemos entretenernos o los perderemos.

—Pero ¿qué pretendes hacer?

Marco y Cleo siguieron al grupo de hombres y mujeres muy de cerca intentando no ser descubiertos. Pronto se detuvieron en un amplio rellano donde pastaba un rebaño de bisontes.

—Mira —dijo Cleo con cierta ironía—, ahora puedes verlos de cerca como querías.

—Déjate de bromas —respondió Marco—. ¿No ves que son enormes? Y seguro que, como los toros, embisten a lo bestia.

Los hombres de la caverna blandieron sus armas y se acercaron a la manada.

—Se disponen para la caza, qué interesante —dijo Cleo.

—Pero cómo pretenden cazar esos enormes animales con semejantes lanzas tan rudimentarias —dijo Marco.

De repente, uno de aquellos hombres dio la señal, encendieron las teas que portaban y comenzaron a gritar. Los bisontes salieron en estampida.

—¿Por qué los asustan? —preguntó Marco.



—Pretenden conducirlos por ese sendero de piedras y matorrales, que ellos mismos habrán preparado, hacia aquel precipicio donde inevitablemente se despeñarán.

—¡Oooh!, qué trágico.

—Es su sistema de caza, necesitan la carne para vivir.

De forma inesperada, uno de los bisontes se separó del grupo y tomó otra trayectoria diferente: corría en dirección a los arbustos que escondían a Marco y a Cleo, quienes veían cómo se acercaba peligrosamente cada vez más. Se trataba de un macho viejo, rudo y enorme. Tenía las patas cortas, la cabeza voluminosa, el pelo largo y una joroba pronunciada, aunque a Marco lo que verdaderamente le preocupaba eran aquellos cuernos dispuestos para el ataque.

Marco y Cleo comenzaron a correr ante aquel animal inmenso.

—¿Crees ahora en el poder de la piedra? —dijo Cleo.

Marco, prácticamente asfixiado y con el bufido del animal calentando sus orejas, respondió:

—Síííí, sí, sí, vuelve a exponerla al sol. Vamos, rápido, ya, ahora mismo o moriremos en manos de este animal.

Pero una inesperada y diminuta nube tapaba el sol.

—No funciona —dijo Cleo.

—¿Cómo que no funciona? ¿Eso qué quiere decir, que no saldremos de aquí nunca?, no puede ser. ¿Y ahora qué hacemos? —replicó Marco aterrorizado.

—Pues no sé, supongo que esperar —dijo Cleo—. La nota que dejó mi padre no recoge estos pequeños detalles.

—¡¿Pequeños detalles?! No puedo esperar, este toro gigante me está soplando en el oído.

Cuando la lengua del bisonte casi relamía la espalda de Marco, afortunadamente el sol se deshizo de aquella diminuta nube que lo eclipsaba y volvió a brillar.

Cleo expuso de nuevo la piedra de los mil colores al sol y, como si nada hubiera sucedido, se hallaron de nuevo en la habitación de Cleo, cuyos ojos grisáceos centelleaban totalmente entusiasmados.

—¿Lo ves?, te lo advertí, ha sido fantástico, ¿no crees? Una experiencia maravillosa que por supuesto repetiremos. ¿Te fijaste cómo era el hombre de la prehistoria, la cueva, sus pinturas? Y, lo más importante, cuánto nos queda por conocer.

—Todo esto no es posible, debo de haber sufrido una terrible pesadilla.

—No, ha sido real. Mira, aún tienes las picaduras de las hormigas.

Marco se negaba a creerlo; pero ante el persistente escozor de aquellas molestas mordeduras, no tuvo más remedio que admitirlo.

—Prométeme que nunca más volverás a usarlo —dijo Marco—, esto no es un juego y puede llegar a ser muy peligroso.

—Admito que debemos perfeccionarlo, aún hay detalles que no controlamos del todo. Reconozco que lo del bisonte no ha sido una buena idea —aunque recuerda que fue tuya—, pero mejoraremos el sistema.

—Si, como siempre, te empeñas, quedas advertida: conmigo no cuentas. Además, creo que debería contárselo a tu tío para que te obligue a guardarla de nuevo bajo esa llave que nunca debiste encontrar.

—No, ni a mi tío ni a nadie. No debes decirlo a nadie. Éste será nuestro gran secreto y desde hoy te nombro mi ayudante oficial. Tendrás que acompañarme siempre; ya no puedes negarte, acabas de tocar la piedra con tus manos.

—Definitivamente, estás loca. De tal palo, tal astilla; sin duda tu padre era un inconsciente como tú.

—No digas eso, mi padre es un hombre excepcional. Además, en contra de lo que todos creéis, algún día, muy pronto, volverá y me traerá de nuevo polvo de estrellas y será aún más brillante que la última vez.



—Supongo que debe de ser difícil asimilarlo, pero ya sabes que el lugar donde desapareció es muy conflictivo. No se ha vuelto a saber nada de él desde entonces, no existe el menor rastro...

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Cleo, interrumpiéndolo y sin prestar la más mínima atención a las palabras de Marco—, ¿y si mi padre está atrapado ahí, en algún lugar de la historia? Es tan inmensa... Pero, si es así, seguro que algún día lo encontraré y tú me ayudarás a conseguirlo.

Arturo tocó entonces con los nudillos de la mano la puerta de la habitación y la abrió justo lo suficiente para asomar la cabeza. Marco vio enseguida la oportunidad que se presentaba, pero antes de que pudiera reaccionar, el tío de Cleo dijo:

—Veo que ya estás mejor, no te olvides de ordenar tu cuarto.

Sin esperar siquiera la respuesta, desapareció súbitamente.

—Sabía que no me traicionarías —dijo Cleo—. Vamos, te acompaño, ya es hora de conocer a esa nueva amiga.

—Tu tío te ha dicho...

—Sí, sí, luego lo haré.

Ya en la casa de Marco, tras las debidas presentaciones y dada la huida precipitada de su nuevo amigo, María comentó:

—Espero que todo esté bien.

Marco, que era incapaz de mentir, comenzó la siguiente argumentación:

—Bueno, pues, verás...

Pero Cleo rápidamente respondió, zanjando la conversación:

—Sí, todo está perfecto.

—Me alegro —respondió María, ajena a todo cuanto había sucedido—. Yo ya he copiado estos ejercicios de matemáticas.

—No debes preocuparte, sólo tienes que tener en cuenta que a la señora le molesta mucho que hablemos bajito y no le prestemos atención; todo lo demás es fácil.

—Bueno, has olvidado que también hay que estudiar un poco, ¿no crees? —añadió Marco.

—Supongo que ya habrás conocido a Mario —dijo Cleo, cambiando de tema—; es el chico más guapo de la clase, ¿no crees? Pues es mi novio.

—Cleo, cómo puedes afirmar eso si sabes que no es verdad —dijo Marco.

—Bueno, bueno —respondió Cleo con cierto tono de disconformidad—, eso ya lo veremos.

FIN



La autora:

M. Eloísa Caro Durán

[Contacto](#)

La ilustradora:

Cristina Vaquero

[Contacto](#)

La Editorial:

[WeebleBooks](#)

En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos sin excluir a nadie por cuestión económica. Una educación diferente, más divertida, más original y creativa, y más adaptada al siglo XXI. Para ello hemos creado este proyecto educativo, que está abierto a la colaboración de todos, para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas. Creamos y editamos libros educativos, divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital.

info@weeblebooks.com

Visita nuestra página para descargar más libros gratuitos
weeblebooks.com:

Mi primer viaje al Sistema Solar
Descubriendo a Audrey Hepburn
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Pequeñas historias de grandes civilizaciones
La Historia y sus historias
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón
El lápiz que deseaba escribir solo

Mitología básica para todas las edades
Descubriendo a Dalí
Cocina a conCiencia
Descubriendo a Van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El Lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de Historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía
El mago detective
Objetivo Polo Sur



<http://www.weeblebooks.com>

**Puedes descargar este libro gratuitamente
en [weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com) o en la App Weeblebooks**